

Los médicos, no son un buen partido



- *Señorita, buen día. Quería que sepa que su abuelo, acaba de tener un infarto muy grande. Y bueno...sepa también, que estamos haciendo todo lo posible...* - el médico hablaba pausado, lento, como buscando que la hermosa joven de rubios bucles, que enmarcaban un rostro aun más bello, no se impactara ante la triste y lamentable noticia.

- *¡No! ¡No es mi abuelo...!* - contestó muy seria la joven, echando hacia atrás su torso y su cabeza, como insinuando la molestia que le ocasionó la confusión.

- *¡Perdón! ¿Su papá...?* - tosió incomodo el médico, intentando remediar una situación desagradable, que se le había vuelto tensa.

- *Tampoco es mi padre ¡Es... mi marido!* - afirmó ella con determinación. El médico siguió hablando, mientras procuraba dominar la cadena de ideas asociativas, opiniones íntimas, pensamientos no revelables y sentimientos encontrados, que experimentaba ante semejante pareja despareja.

Cuando el profesional regresó a la Unidad Coronaria, el anciano estaba evolucionando bastante bien, en respuesta a la medicación. Sin dolor y con su corazón latiendo en forma aceptable, su mirada era mucho más vivaz. No le resultó demasiado difícil al médico, entablar una charla distendida con el singular paciente. Este había sido médico cirujano y ejercido su oficio, hasta cinco años antes. Profesor universitario y Jefe de un Servicio de Cirugía, su actividad profesional lo hubiese llenado de satisfacciones, sino hubiese sido por un ingrato juicio por mala praxis, que le iniciaron pocos meses antes de retirarse.

- *Usted, amigo, dígame... ¿Estuvo estresado últimamente o haciendo mucha actividad física?* - le preguntó el médico de guardia, luego de unas horas de tratamiento intensivo y viendo que el anciano evolucionaba bien, buscando conocer las causas que lo descompensaron.

- *Vengo de un campo de concentración, mi joven doctor* - le respondió esbozando una sonrisa y colocando sus manos en la nuca, respirando mejor durante las primeras horas de esa noche, que se observaba transcurrir monótona en la ventana - *A mi mujer y a mi, nuestros queridos hijos nos desilusionaron. Una mañana nos obligaron a empacar nuestras cosas en dos valijas... y cuando nos dimos cuenta, estábamos prisioneros en un cuartito blanco, tratando de sentarnos entre las cucarachas y el amoniaco del olor a orina estacionada, en un geriátrico cinco estrellas del centro de la ciudad. Eso fue un infierno, aunque cobraban caro... Ver a toda esa gente del geriátrico, sin hacer nada todo el día y obligados a mirar la nada, atendidas por unas personas que nos trataban como a perros que molestaban. A los dos meses, mi mujer se deprimió y al poco tiempo, pobrecita... se murió. Ese lugar de porquería, era peor que estar muerto* - Y se le llenaron sus ojos de lágrimas, mientras hablaba entrecortado, reviviendo el trago demasiado amargo, con que se había cerrado y para siempre, la familia que él había fundado.

Siguió contando que un día decidió irse del oscuro y desalmado geriátrico, que reabrió su departamento y que se decidió a vivir, a fondo. Todo lo que le quedase aun de hilo, en ese carretel gastado de su vida. Habló hasta que los médicos decidieron frenarlo con un sedante, pues sus ganas de hablar, parecían carcomerlo y adueñarse de sus labios verborrágicos.

- *Doctor, buen día. Quería preguntarle si usted opina que habría algún problema para que ingrese un escribano y mí abogado... Necesito divorciarme a la mayor brevedad* - dijo la joven esposa del paciente, enfundada en un ajustado pantalón de Jean y ocultos sus ojos, tras unos enormes anteojos de vidrios muy oscuros, cuando cruzó al médico en el pasillo, a la mañana siguiente.

- *¡No! No puedo permitirle que ingrese a la Unidad para eso... No, de ninguna manera, Señora* - le contestó el médico, sorprendido ante tan extraña petición – *Y no entiendo porque ese apuro...*

- *Usted no lo entiende, pero yo si...* - respondió ella, mordiéndose los labios, mientras giraba sobre si y se retiraba, enfadada ante la firme negativa del profesional.

El anciano paciente, pareció recuperarse. No le costó al médico, habiéndose ganado su confianza, lograr que siguiese contando la extraña y triste historia de su vida. Y así contó que había conocido a su joven esposa, embarazada y abandonada por su novio. El viejo cirujano devenido ahora en paciente, tenía una conciencia clara del porque había formado una pareja tan dispareja, con casi cincuenta años de diferencia con ella.

- *Al principio pagué y me acostaba con cualquiera. Es delicioso el cuerpo de una joven... pero después no soportaba el aburrirme con el síndrome del calzoncillo y de la eternidad...*

- *¿Síndrome del calzoncillo y de la eternidad...? ¿Y qué es eso?* – le preguntó extrañado el joven médico de guardia, mientras observaba la actividad cardiaca en un monitor y regulaba el goteo de los sueros.

- *Yo lo llamo así* - respondió con una sonrisa picara - *a esa desesperación que nos agarra a los hombres, cuando no hay amor y queremos encontrar el calzoncillo, luego del orgasmo y a esa sensación de que el tiempo no pasa, mientras esperamos la llegada del remise.*

El médico de guardia siguió midiendo presiones con exactitud, controlando con meticulosa precisión la altura de los catéteres, monitoreando los brillantes latidos, obteniendo un nuevo y largo electrocardiograma y repitiendo análisis, para detectar si algo fallaba.

- *Busqué enamorarme de una mujer joven, procurando conjurar el tiempo y contagiarme de sus ganas* – proseguía filosofando el viejo en su monologo - *La vida me había hecho un gol, pero yo quería gambetearla, como fuese. Uno se termina creyendo, que tiene la misma edad de la mujer que ama.*

El médico lo auscultó con detenimiento en el corazón y los pulmones. Con pericia, recorrió el abdomen con sus manos y controló la cantidad de orina, en la bolsa con la sonda.

- *Y la conocí a ella, recién separada y embarazada* - continuaba en su relato monocorde, como queriendo conjurar lo que le molestaba - *Me imaginaba teniendo el hijo con ella, arreglando el cuarto para el niño. Le propuse que trabajase menos y le pasé una paga*

mensual. Intenté protegerla y la viví llamando por teléfono. Me sentía más joven y creía que ella, se daría cuenta de que soy un verdadero hombre. Mis amigos decían que no me convenía, que estaba loco, que me quería usar, sacarme plata... Pero con ella, doctor, volví a bailar...

A los dos días, el anciano se descompensó, a pesar de los mejores esfuerzos. A la una de la mañana, firmaron y sellaron su certificado de defunción. No sufrió demasiado. A las ocho, el Director citó en su despacho, al Jefe de la Unidad y al médico de guardia. Quería conocer las razones por las que habían impedido el ingreso del escribano y del abogado, a la Unidad Coronaria.

- La mujer está desesperada – comentó el directivo, satisfecho luego de que le explicaran, invitando a los galenos con una taza de humeante café y con un aroma delicioso - parece que ella obligó al viejo a cederle todos sus bienes materiales, por escrito. Y se quedó con el departamento y el auto del viejo, pero también al aceptar ser la única heredera universal, asumió automáticamente responder a una demanda por un millón de dólares que el pobre viejo, había perdido en un juicio por mala praxis, de cuando él todavía ejercía como cirujano. Civilmente, está obligada.

En el ascensor de regreso, los dos médicos intercambiaban opiniones sobre el viejo cirujano, en una mezcla de asombros y sonrisas - *Parece que los médicos, no somos un buen partido...*

- No, para nada - contestó el otro, soltando una carcajada.

Otros pasajeros del elevador escuchaban, sin entender demasiado. Entre ellos, una bonita pasajera, joven y pelirroja, que los miraba sorprendida.

fin